

Ga
Gran angular

EL

MAIR

DE LA

TRANQUILIDAD

JOSEP SAMPERE

Primera edición: octubre de 2016

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Coordinación gráfica: Lara Peces
Cubierta: Julián Muñoz

© Josep Sampere, 2016
© Ediciones SM, 2016
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9041-8
Depósito legal: M-24468-2016
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Núria, por haberme ayudado
a salir de la niebla.*

1

La niebla lo envolvía todo, tan blanca como los márgenes que rodean esta página y como los espacios que separan estas líneas.

Dos chicos caminaban a través de la niebla espesa.

Les llamaremos A y B, aunque el presente relato no tenga nada que ver con las matemáticas.

Rodeados por esa blancura desierta, parecían dos figuras solitarias en medio de una página en blanco:

λ λ

A y B no paraban de caminar. Pero les daba la impresión de que no se movían de sitio, pues la niebla no se disipaba nunca.

–Tengo miedo –dijo A–. ¿Y si de pronto se termina la tierra y nos caemos por un barranco?

–Eso es lo de menos –dijo B–. Imagínate que caemos y caemos..., y seguimos cayendo y cayendo...

–Más vale que no sigas –murmuró A.

–Este paisaje no me inspira demasiado –admitió B–. ¿Cuánto hace que caminamos?

–¿Diez minutos? –sugirió A.

–¿Media hora? –insinuó B.

–¿Toda la vida? –añadió A.

–Más vale que no sigamos –zanjó B.

–Vamos a admitirlo –repuso A–: ni tú ni yo somos capaces de calcular el tiempo que llevamos caminando.

–Admitido.

–¡Y este ruidito continuo! –añadió A–. Es una especie de zumbido.

–¿También lo oyes? –dijo B–. Creía que era cosa de mis oídos.

–Zumbidos y más zumbidos –dijo A–. Y murmullos... Todo el rato igual. No sé de dónde vienen ni qué diablos son.

–Lo mismo que nosotros –dijo B–. ¿De dónde venimos? ¿Adónde vamos? ¿Quiénes somos? ¿Cómo ha empezado todo esto?

Anduvieron un rato en silencio, pensativos.

–Me parece que esta niebla se me ha metido en el cerebro –terminó diciendo B–. Tengo la mente en blanco.

–Yo solo recuerdo un sueño –dijo A–. Había mucha niebla, como ahora, y no se veía nada. El agua me cubría hasta la cintura y la sentía correr alrededor. Esa corriente arrastraba... cosas. No sé cuáles exactamente, pero notaba que pasaban junto a mí, rozándome. Algunas de estas cosas... parecía que quisieran aferrarse a mis piernas, como si mis piernas fueran..., no sé cómo decirlo..., una especie de tablas de salvación. Yo permanecía muy quieto y tenía miedo, pero no de esas cosas que me querían atrapar...

–... Tenías miedo de que la corriente también te arrastrara a ti –le interrumpió B–. Pero sabías que, si te sujetabas con todas tus fuerzas, no se te podría llevar.

–¿Cómo lo sabes? –exclamó A, atónito.

–Hemos soñado lo mismo –respondió B–. Has hecho que me acordara de pronto. Pero en mi sueño no estaba solo. Estabas tú a mi lado, resistiendo conmigo.

–¿Lo dices de veras? –preguntó A.

–Totalmente –respondió B–. Por lo visto resistíamos juntos.

–Todavía caminamos juntos y la niebla no se levanta... ¿Y si resulta que nos encontramos en la segunda parte del sueño?

–No sé tú, pero yo me siento mucho más despierto –repuso B–. Si es la segunda parte, como mínimo tenemos los pies en el suelo y ya no hay corrientes peligrosas.

–Pero yo no te veo muy claro –dijo A–. La niebla te difumina. Eres una silueta borrosa que camina a mi lado. Como en los sueños.

–Tú tampoco estás muy definido –coincidió B–. Y nuestra voz suena un poco ronca y temblorosa, como si lleváramos largo tiempo callados.

–A lo mejor hace siglos que callamos –dijo A, tétrico–. ¿Y si este sitio fuera el otro barrio?

–Yo me siento muy vivo –dijo B–. Desorientado, pero muy vivo.

–Yo me siento desorientado, sin más.

De repente tropezaron con algo.

–¡Por fin! –exclamaron al unísono.

No era «algo». Era la silueta borrosa de una mujer. Formaba parte de una fila de personas que desapare-

cían en la niebla. En medio de aquella masa blanca y densa, parecían una serie de figuras solitarias en el centro de una página en blanco:

λ λλλλλλλ λ

–¡Por fin encontramos a alguien! –exclamó A, aliviado–. ¿Nos podría decir dónde estamos?

La mujer los miró en silencio. Luego se señaló la boca y movió el dedo en ademán negativo.

–¿No puede hablar? –le preguntó B.

La mujer negó con la cabeza.

–¿Es usted muda? –agregó A.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

–Esto... –dijo A, indeciso–. ¿Nos podría indicar dónde estamos?

La mujer se encogió de hombros.

–Empezamos bien –murmuro B.

–¿Le importaría explicarnos qué hacen ustedes aquí, en fila? –preguntó B.

La mujer imitó una «V» con los dedos de la mano izquierda, los colocó al revés en la palma de la derecha y los movió a saltitos hacia delante.

–¿Están esperando? –interpretó B.

Ella afirmó con la cabeza y señaló hacia atrás con el pulgar.

–Es una indirecta –dijo A en voz baja–. Insinúa que nos pongamos a la cola.

La mujer meneó la cabeza.

–¿No? –interpretó B.

Ella repitió el ademán negativo y volvió a extender el pulgar.

–Ya lo entiendo –susurró B–. Insinúa que nos larguemos. Que aquí no pintamos nada.

La mujer dio un paso adelante y la niebla se la tragó. La cola avanzaba poco a poco.

–Gracias –le dijo A.

–No nos demos por vencidos –añadió B.

Remontaron la cola, observando las siluetas que la formaban. Tenían un aire desenfocado, como los grupos de gente que caminan de fondo en las películas. Veinte personas más adelante, se acercaron a un hombre vestido de gris.

–Disculpe –le dijo B–, ¿nos podría decir quiénes son... y dónde están?

El hombre se señaló la boca y movió el dedo en sentido negativo.

–¡No puede ser! –murmuró B.

–¡Espera! –susurró A.

El hombre hizo un ademán amplio con la mano, que abarcaba la cola entera, y luego se pasó el índice por los labios.

–¿Nadie puede hablar? –tradujo A, perplejo.

El hombre negó con la cabeza. Luego movió los brazos y las piernas rígidamente, imitando la marcha de un robot.

–¿Qué significa eso? –murmuró A–. ¿Que son robots?

El hombre volvió a menear la cabeza. Luego se llevó el puño al ojo y con la otra mano simuló que daba vueltas a una manivela.

–¿Una cámara de cine? –sugirió B.

Ademán afirmativo.

–¿Son actores? –añadió A.

Ademán afirmativo, acompañado de otra pasada de índice por los labios.

–¿Actores mudos? –dijo A.

Ademán afirmativo. El hombre alargó los brazos y movió el cuerpo pesadamente, imitando la marcha de un pelotón.

–¿Extras? –sugirió B.

Ademán afirmativo.

–¡Ya lo entiendo! –exclamó B–. ¡Por eso son mudos! ¡Los extras no hablan ni tienen ningún papel! ¡Son los que salen de fondo en las películas!

–¿Estamos en el decorado de una película? –preguntó A, atónito–. ¿Esta niebla es artificial?

Ademán afirmativo y negativo.

–¿Sí y no? –tradujo A, desconcertado.

El extra avanzó un paso. Se señaló el reloj, golpeó la esfera con el dedo y le pasó la mano por encima en actitud tajante.

–¿Qué dice ahora? –preguntó A–. ¿Que se acabó el tiempo?

Ademán afirmativo.

–¿Que se acabó la película? –sugirió A.

El extra volvió a asentir con la cabeza y repitió el ademán tajante.

–¿Fin? –dijo B.

Ademán afirmativo.

–¿Fin? –reiteró A.

El extra se golpeó el pecho y señaló con el dedo el resto de la cola. Finalmente, separó los brazos como si se despidiera de todo y de todos.

–Se acabó la película –interpretó B–. Y se acabaron los extras.

El hombre afirmó con la cabeza y dio otro paso adelante.

–¿Y nosotros? –preguntó A con voz temblorosa–. ¿También nos hemos acabado?

El hombre se encogió de hombros y se tocó el pecho con las puntas de los dedos.

–Solo sabe lo que le concierne a él –tradujo B.

–Si se acabó la película... –dijo A–, ¿hacia dónde van ustedes ahora?

El extra juntó las manos y se las llevó a la oreja, inclinando la cabeza al mismo tiempo.

–Está muy claro –dedujo B–. Se van a acostar.

–Buenas noches –dijo A.

El extra los saludó con la mano y la niebla se lo tragó.

–¿Qué hacemos? –preguntó A.

La blancura se espesaba entre ellos, como si tratara de separarlos.

–Tenemos que seguir caminando –respondió B–. Si nos quedamos quietos, nos perdemos de vista.

Reanudaron la marcha. La cola se prolongaba y se prolongaba como si fuera creciendo por momentos. Al eterno zumbido de fondo se añadió una especie de chapoteo.

–Este ruido no me gusta nada –dijo A, amedrentado–. Me pone más nervioso que el zumbido que no cesa.

El chapoteo se oía cada vez más cerca. Era un sonido sordo y viscoso, de algo muy espeso que se removía y burbujeaba.

Descubrieron su origen a pocos pasos del principio de la cola. La tierra perdía su firmeza y se transformaba en una charca de arenas movedizas. En cuanto llegaba su turno, cada «extra» se metía en ellas lentamente y era engullido en un santiamén por la fuerza absorbente de aquella masa burbujeante.

Se quedaron paralizados, sin dar crédito a sus ojos.

La escena se repetía como en una pesadilla. Los extras avanzaban de uno en uno, mecánicamente, y se hundían en la arena sin oponer resistencia, como estatuas de mármol. Cuando el último extra hubo desaparecido de la faz de la tierra, A y B se dieron la vuelta y echaron a correr en dirección contraria.

Corrían y corrían a ciegas, mientras la palabra «FIN» resonaba en su interior, rodeada de todos los miedos imaginables: miedo a caer en un abismo sin fondo, miedo a ser atrapados por algo que se ocultaba en la niebla, miedo a ser engullidos por las arenas movedizas, miedo a chocar contra una pared infranqueable.

Pero nada de eso ocurrió. La niebla seguía siendo vacía y opaca, más impenetrable que la misma oscuridad.

Al cabo de un rato se detuvieron jadeando.

Cuando la sangre alborotada dejó de rugirles en los oídos, de nuevo les llegó el eterno zumbido, el murmullo interminable de procedencia ignota.

–El mismo ruido, el mismo lugar –dijo A al recobrar el aliento–. Como si no hubiéramos avanzado ni un paso.

–Por lo menos ya sabemos algo –dijo B–: que no somos extras.

–Menudo consuelo –replicó A–. ¿Se puede saber lo que somos, entonces?

–Algo más –dijo B–. Como mínimo, podemos hablar y caminar. Y si hablamos y caminamos, podemos llegar a alguna parte.

–Creía que se había acabado la película.

–La suya puede que sí –repuso B–. Pero la nuestra todavía dura.

–Ni sueños, ni películas, ni el otro barrio –dijo A, rotundo–. No me convence ni una cosa ni la otra.

–A mí tampoco.

–Entonces, si no nos encontramos en un sueño ni en una película ni en el otro barrio..., ¿adónde diablos hemos ido a parar?

–Ni idea –admitió B–. Lo que está claro es que en este lugar tenemos algún papel.

–¿Ah, sí? –dijo A, irónico–. ¿Y cómo lo sabes?

–Porque nos hemos conocido.

–¿Qué? –replicó A, perplejo.

–Si nos hemos conocido y además podemos hablar y pensar –prosiguió B–, es que formamos parte de alguna historia que no es un sueño ni una película, pero que tiene alguna clase de argumento. Ahora solo falta descubrir de qué argumento se trata.

–¿Significa eso que somos una especie de personajes? –preguntó A con incredulidad.

–¿Qué podemos ser si no? –repuso B–. Si había extras, también tiene que haber personajes. Una cosa no puede existir sin la otra.

–Tiene su lógica –concedió A–. ¿Pero qué tipo de personajes somos? ¿Principales o secundarios?

–Mira a tu alrededor –dijo B–. ¿Ves a alguien más?

–No veo ni torta, la verdad –respondió A–. Parece que solo exista este maldito zumbido.

–De momento, aparte de los extras, no hemos visto a nadie más. Hasta que encontremos compañía, no tendremos más remedio que ser los protagonistas. ¿Y qué hacen los protagonistas?

–¿Protagonizar?

–Exacto –dijo B–. Esta historia parece atascada en un callejón sin salida, así que tendremos que empujarla por nuestra cuenta.

–Todo esto está muy bien –dijo A–. ¿Pero qué sabemos de nosotros? No tenemos pasado, recuerdos ni nada que nos defina. A propósito, ¿cómo te llamas?

B negó con la cabeza.

–No lo sé.

–Yo tampoco –exclamó A–. Qué triste, ¿no crees? Ni siquiera tenemos nombre. Es como si fuéramos las letras de un problema de matemáticas absurdo: calcula cuántos pasos habrán de caminar A y B para no llegar a ninguna parte. Solo recordamos un sueño y una escena espantosa que prefiero olvidar. Como personajes somos una birria. Apenas nos diferenciamos de los extras. En estas condiciones no llegaremos demasiado lejos. Seguro que la niebla nos borrarán del mapa, si antes no se nos tragan las arenas movedizas.

B se quedó pensativo.

–Los bolsillos –dijo de repente–. ¿Cómo es posible que no se nos haya ocurrido? En vez de mirar hacia

afuera todo el tiempo, habríamos tenido que empezar por mirarnos a nosotros. ¡Vamos a mirarnos los bolsillos!

Se detuvieron en seco y empezaron a registrarse los bolsillos frenéticamente. Lo hacían con tanta ansia como si buscaran oro.

No encontraron oro precisamente, pero la búsqueda dio un fruto inesperado.

–Sentémonos –dijo A–. Vamos a hacer inventario.

Se sentaron y extendieron delante de ellos todo lo que se habían sacado de los bolsillos.

–Dos anillos de plata con la letra «M» grabada –comenzó A–. Dos gafas, dos libretas, dos bolígrafos de plata, dos tarjetas y un teléfono móvil.

Permanecieron inmóviles, observando los objetos desdibujados por la niebla, y luego se miraron entre ellos. Aunque apenas se veían, el uno intuía perfectamente la cara de desconcierto del otro.

–No entiendo de dónde habrán salido estas cosas –dijo A–. No reconozco ni una de ellas. Es la primera vez que las veo.

–Lo mismo te digo.

B reflexionó por un momento.

–Si las llevábamos encima, serán nuestras –dijo.

–Es indiscutible –coincidió A.

–Qué curioso –murmuró B–. Los dos llevamos las mismas cosas.

–Sí –dijo A–. Nos las podemos repartir como buenos hermanos.

B se puso a hojear las libretas.

–Qué lástima –dijo–. No hay nada escrito.

Cogió una tarjeta.

–¿Qué dice aquí? Con esta niebla no lo distingo.

A cogió la otra y se la acercó a los ojos.

–Tampoco consigo leer nada.

–Un momento –dijo B–. Creo que he encontrado la solución.

Tomó unas gafas y alargó las otras a su compañero.

–Buena idea –dijo A.

Los dos se pusieron las gafas.

–¡Hombre! –exclamó B–. Ahora sí que veo claro. ¡Me vienen que ni pintadas!

–Es verdad –dijo A, pasmado–. ¡Con ellas veo clarísimo!

Volvió a mirar la tarjeta:

–«MAURI Y MATEO ROJAS, DETECTIVES. ENCONTRAMOS EL HILO DE TODAS LAS TRAMAS» –leyó–. También hay un número de teléfono: el 049 256 403.

–Mauri y Mateo –dijo B–. Eme, eme. ¡Son las iniciales que hay en los anillos!

–Veamos cómo nos van –dijo A.

Se los probaron.

–¡Como anillo al dedo! –exclamaron al unísono.

Los observaron fascinados, moviendo la mano de un lado a otro. Las dos emes aparecían nítidamente entre la niebla, como impresas en negrita en el centro de una página en blanco:

M M

–¿Sabes lo que pienso? –dijo B–. Que estos detectives somos nosotros.

–¿Porque lo dice una tarjeta?

–No es una tarjeta –repuso B–. Es un papel.

–Pues juraría que es de cartulina –dijo A inspeccionándola.

–Me refiero a un papel de otro tipo –explicó B–: el papel que nos faltaba para ser personajes. Fíjate bien: ya tenemos nombre, profesión y una razón de ser. Tú eres Mateo y yo soy Mauri, o viceversa, y ya sabemos cuál es nuestro papel: encontrar el hilo de todas las tramas.

–¿No necesitaríamos un título para hacer tantas cosas? –dijo A.

–El único título que necesitamos es el de esta historia en la que estamos metidos –replicó B.

–De acuerdo –dijo A con resignación–. Seremos Mauri y Mateo Rojas, detectives autodidactas.

–Detectives y hermanos –precisó B tocándole el hombro–. Los hermanos Rojas. ¿Quién será quién? Te dejo elegir el nombre.

–No me convence ni Mateo ni Mauri –admitió A–. Pero es mejor tener un nombre de cinco letras que ser una miserable vocal de este nombre. Veamos... Me quedo con Mateo.

–Me alegro de estrenar hermano –dijo B estrechándole la rodilla–. Bienvenido a la fraternidad de detectives, Mateo.

–Igualmente, Mauri.

El chico que ya no se llamaba A, sino Mateo, dio unos golpecitos fraternales en el codo del chico que desde hacía un instante se llamaba Mauri en lugar de B, y luego añadió:

–A lo mejor somos hermanos desde siempre. ¡Hasta podríamos ser gemelos! Eso explicaría el sueño que hemos tenido. Los dos hemos soñado lo mismo, como si hubiera una conexión telepática entre nosotros. ¡Qué lástima que en el bolsillo no hayamos encontrado ningún espejo! Si tuviéramos uno, nos podríamos comparar las caras.

–Tenemos un teléfono –le recordó Mauri mientras lo cogía–. En la tarjeta hay un número..., el nuestro. Nos podríamos llamar para ver si estamos en casa.

–Y si estamos, ¿qué? –dijo Mateo, atemorizado–. ¿Querrá decir que ya no estamos aquí?

–No sé si estamos aquí o allá –repuso Mauri–. Lo único que sé es que somos detectives, y los detectives tienen el deber de encontrar los hilos de las tramas y llegar al fondo de los asuntos. Sean cuales sean las consecuencias.

–Estar o no estar –dijo Mauri, filosófico–. Vamos a llamarnos.

Mauri encendió el teléfono. La pantalla emitió una claridad amarillenta, como un rayo de sol que se esforzara por atravesar la niebla. Marcó el número de la tarjeta y conectó el altavoz.

Guardaron silencio, aguzando el oído.

De fondo aún se oía aquel rumor lejano.

Ruuuum, ruuum.

El teléfono no sonaba ni daba señales de vida: ni un sonido, ni una voz comunicando que el número no existía, ni un chasquido, ni un latido.

De repente empezó a salir un rumor de sus entrañas electrónicas.

Ruuuum, ruuum.

El teléfono repetía aquel sonido como si fuera su eco.

Ruuuum, ruuum.

El ruido real y su eco se acoplaron y produjeron un estruendo ensordecedor.

–¡Cuelga! –exclamó Mateo tapándose los oídos–. ¡No lo soporto!

Mauri no se hizo rogar. Apenas apagó el teléfono, el rumor calló enseguida y se esparció de nuevo a su alrededor.

–No sé de dónde vendrá este ruido –dijo Mauri–. Pero si también nos responde al teléfono, es que querrá comunicarnos algo muy importante.

Se guardó el móvil en el bolsillo.

–Esperemos que se le cure la ronquera –dijo Mateo–. ¿Qué hacemos? ¿Nos repartimos nuestras herramientas de trabajo, como buenos hermanos, y estrenamos nuestra personalidad nueva?

–Conforme –aceptó Mauri.

Se guardaron las libretas y los bolígrafos. Mateo se puso en pie y dijo:

–Es curioso, pero ya no me siento tan perdido. A lo mejor es cosa de las gafas, pero me parece que veo más claro.

Mauri se levantó bruscamente.

–¡Es que se ve todo más claro! –exclamó entusiasmado–. ¡Se está levantando la niebla!

–¡Tienes razón! –dijo Mateo–. ¡Empiezo a verte la cara!

Se quedaron mirándose maravillados, como dos ciegos que acaban de recuperar la vista milagrosamente.

–Eres guapo –dijo Mateo emocionado–. ¡Qué nariz más hermosa! ¡Te imaginaba con la cara chupada y el sufrimiento esculpido en la frente!

Los dos tuvieron de repente la misma ocurrencia: juntaron las caras y el uno miró su reflejo en las gafas del otro. Luego se separaron y volvieron a contemplarse.

–¡Nos parecemos! –dijo Mateo con incredulidad.

–Nos parecemos mucho –repitió Mauri atónito.

No dejaban de mirarse, embelesados y sonrientes. Ya no eran dos siluetas borrosas ni dos figuras en medio de una página en blanco. Iban tomando forma y cuerpo poco a poco, a medida que se disipaba la niebla; se iban perfilando y dibujando con más y más nitidez, hasta que por fin adquirieron el volumen y la sustancia de dos chicos de carne y hueso: los hermanos Rojas, detectives.

Entonces dejaron de contemplarse y miraron hacia delante.

Vieron una calle muy larga bordeada de casas.

Mateo se ajustó las gafas. Mauri se tocó el anillo.

–¿Vamos? –dijo Mateo.

–Andando –dijo Mauri.